

á nadie podia convenir. Por el contrario, crear un gran gobierno, suprimiendo los Estados particulares, para borrar todas las diferencias, y entónces era menester un gobierno fuerte, apoyado en una administracion enérgica que se hiciese sentir en todos los puntos de la nacion llegando su accion á las extremidades del territorio. Pues bien, Wilson clasifica este estado de una manera que os asombrará; lo llama despotismo. Podian formarse tres ó cuatro confederaciones: esto tendria la ventaja de dejar al Sur y al Norte organizarse por su parte como mejor lo quisiesen; y entre ellos, es decir, en el centro, se estableceria una tercera confederacion. Pero tal partido equivalia á caer en todos los vicios del sistema europeo. Tres grandes Estados en un mismo continente, serian tres rivales frente á frente, con todos los peligros consiguientes á los celos comerciales y á las ambiciones políticas.

Quedaba, pues, el sistema de república confederada, que reúne el vigor y la decision de una gran monarquía, á la libertad y á las ventajas de una república perfecta. Entónces fué cuando Wilson pronunció estas notables palabras: «en América el territorio es monárquico y el pueblo republicano.» Estas palabras: «El territorio es monárquico,» asombran á primera vista; pero reflexionando se descubre la profundidad que encierran. No es el acaso el que ha hecho unitaria la Francia: Strabon había observado que la Galia por su estructura, por sus vastas llanuras y sus rios, estaba llamada á ser el teatro de una gran civilizacion. Por el contrario, un país cortado por pequeños valles, y por montañas elevadas, puede sin duda ser ocupado por un pueblo notable; los griegos en la antigüedad, los suizos en la época moderna, no ceden á ninguno; pero un grande Estado no puede fundarse allí; la naturaleza se opone á que sea una gran nacion.

Pues bien, si estudiáis la América, hallaréis que se compone de dos grandes valles regados por el Mississipi por un lado, por el San Lorenzo del otro, y reunidos por lagos.

No hay separacion, por decirlo así: y la diferencia de nivel es tan insignificante, que cuando las aguas del Mississipi crecen, desbordan en uno de sus afluentes, á punto que una barca podria remontar el Mississipi y llegar hasta el San Lorenzo, sin desviarse del curso del rio. En semejante país no hay division natural; la unidad está en las cosas, esto es lo que Wilson denomina «territorio monárquico.»

Por lo que respecta al pueblo, era republicano por su origen, por su religion, por su gobierno y por sus costumbres. El problema era por lo tanto cual lo planteaba Wilson, unir la monarquía y la democracia, problema del cual la antigüedad solo había tenido una nocion vaga y que no habria resuelto la época moderna.

La antigüedad había observado que existian tres formas de gobierno: la monarquía, que es fuerte, pero que degenera en tiranía; la aristocracia, fuerte tambien, pero que oprime á la mayoría sin preocuparse de ella; finalmente, la democracia, móvil como el pueblo, fácil de arrastrar, fácil de seducir, ya adormecida y servil, ya violenta y tiránica, siempre dispuesta á oprimir á las minorías. Todos estos gobiernos poderosos, y sin contrapeso ni responsabilidad, son el despotismo por todos lados. No se encuentra en ellos la justicia; así es que Tácito, segun Aristóteles y Ciceron, observa que el mejor de los gobiernos seria aquel que reuniese las tres formas; pero la antigüedad ha declarado siempre que esto era un imposible, un sueño demasiado bello para ser realizable.

Los modernos, decia Wilson, han realizado un progreso sobre los antiguos, han hallado el sistema representativo. Con una representacion, la aristocracia puede tener su puesto sin ser tiránica, la democracia el suyo sin que el número sea todo.

Pueden asociarse estas fuerzas diversas para la felicidad comun, y limitar la una por medio de la otra: monarquía, aristocracia y democracia, lo cual á su vez tiene que moderarse para no arruinarse por sus propios excesos. Este sistema, observaba Wilson, no se ha aplicado con sinceridad en ninguna parte; así, en Inglaterra tienen un rey; pero este pretende representarse á sí mismo y todavía tienen teorías de derecho divino: la aristocracia inglesa pretende tambien representarse; no es una representacion nacional; el par de Inglaterra obra tan de por sí, que puede votar por procuracion. Pero hoy, agregaba, entramos en la verdad de las cosas; el poder ejecutivo tendrá su accion, pero será una delegacion; la aristocracia tendrá la suya, y será tambien una delegacion del pueblo, lo mismo que la Cámara de representantes: solo nosotros, por la primera vez, habrémos aplicado fielmente el principio de la representacion. De esta manera, nuestro gobierno será como una pirámide; con esta diferencia, que en la pirámide política,

generalmente la cúspide oprime la base, mientras que entre nosotros, una corriente de vida popular circulará de la base á la cúspide, saldrá del pueblo y volverá á él.

« Adoptemos este sistema, exclamaba Wilson al terminar, y yo pienso que podemos prometer la seguridad, la estabilidad y la tranquilidad á los gobiernos de los Estados particulares, los cuales no se verán expuestos á cuestiones de territorio, ó á cualquier otra causa de agitación y de guerra. Tendremos un tribunal que fallará justa y pacíficamente todas las cuestiones. Habrémos realizado el sueño de un gran rey de Francia, Enrique IV, fundando un sistema político que abrace una vasta extensión territorial, unidos en la paz, bajo un jefe que pueda arreglar todas nuestras contiendas sin destruir la raza humana.

« Los Estados no podrán hacerse la guerra, el gobierno general es el árbitro supremo de sus querellas: toda la fuerza de la Union está conjurada para traer al agresor á razón. ¡Cuánto beneficio en cambio de la soberanía vacilante y litigiosa de los Estados!

« Por lo que hace á mí, me abisma la contemplación de la grandeza de semejante sistema: adoptando este gobierno, dominará con el tiempo la libertad en toda la tierra. Del éxito de América, en este combate por la libertad, dependen los esfuerzos de todos los hombres ilustrados y denodados. Sus ventajas no se hallan limitadas á los Estados-Unidos; ellas arrastrarán á todos los nobles corazones que suspiran por la libertad en Europa.—Los príncipes se verán obligados para conservar sus súbditos á darles una parte de los derechos que les han arrebatado durante siglos. Así serviremos á los grandes designios de la Providencia, favoreciendo la multiplicación de los hombres, y su progreso en inteligencia y bienestar.»<sup>1</sup>

Magníficas esperanzas que pudieron creerse realizadas después de 1789, y que son ciertas á pesar de nuestros errores. Sí, el mundo es solidario, nada de cuanto pasa en otros pueblos puede sernos indiferente. Esta solidaridad de las naciones es una de las cosas que más me impresionan á medida que estudio la política. No es posible emancipar ó esclavizar á un pueblo, sin que la humanidad entera aproveche ó sufra las consecuencias de esos hechos.

<sup>1</sup> Elliot. *Debates of the Convention*, tomo II, página 397

Los economistas han reconocido que las riquezas del vecino eran nuestra propia riqueza; que la ruina del extranjero era la nuestra. La crisis del algodón es una cruel demostración de esta verdad, largo tiempo desconocida. Millares de obreros han sido víctimas en Inglaterra y en Francia de la guerra civil de los Estados-Unidos. Pero esto no es solo cierto en economía política, la libertad es también un patrimonio común. Es imposible impedir que los pueblos todos dejen de aprovecharse de esa experiencia mutua de la libertad, y que el provecho de unos no sirva también á los demás. Si se realiza en Inglaterra un progreso de la libertad, no puede quedar encerrado allí. El abuso suprimido en Francia aparecerá más visiblemente en Italia; así es como los pueblos llegan á aligerar el peso de la vida, caminando unidos hacia un porvenir mejor y más grandioso. El bien de uno es el de todos, lo mismo que el mal; ved aquí una de las grandes verdades que salen del Evangelio y que conviene anunciar á la ciencia de nuestros días. Esta me autoriza á hacer justicia á un hombre de mérito, injustamente olvidado. Haber señalado tan fecunda verdad es sobrado motivo para ocupar un rango prominente en la ciencia y en la historia.

El último estadista de quien voy á hablaros, nos toca más de cerca; porque aunque no corriese por sus venas sangre francesa, tenía mucho de francés en su carácter. Es Gobernador Morris, nombre extraño; pero sabéis que en Inglaterra es muy usual dar á los niños nombres que se ligan á ciertos recuerdos: he conocido señoritas americanas muy graciosas que se llamaban La Fayette. Morris recibió el nombre de *Gobernador* porque su padre era gobernador de Nueva-Jersey. Había nacido en 1752 en el Estado de Nueva-York, en la mansión paterna que se denominaba Morisiana. Los Morris eran una familia antigua de ese Estado; muy joven se consagró *Gobernador* al foro, y vemos que en 1775, es decir, á la edad de veintitres años, era miembro del Congreso provincial. En 1788 le enviaron al Congreso continental, adonde permaneció dos años, siendo mirado con sospechosa rivalidad. Dos razones había para ello, una indicada por su historiador, otra que calla. La primera consiste en que Morris pertenecía á una vieja familia realista muy adicta á la Inglaterra. Morris, que amaba mucho á su madre, no temió pasar al campo inglés con el objeto de verla; circunstancia que lo comprometió mucho á los ojos de

los patriotas. Hay otra razon mas sensible aún, y consiste en que era hombre de talento, pero burlon, calidad que hiere á las dos clases de individuos que forman la humanidad, á los hombres inteligentes poco dispuestos á sufrir burlas, y á las medianías, que son todavía ménos tolerantes. Resulta, pues, que *Gobernador* Morris no ejerció toda la influencia que le prometian sus talentos extraordinarios, viéndose obligado á abandonar á Nueva-York para establecerse en Filadelfia en 1783, donde no tardó en hacerse notable desempeñando allí un gran papel como financiero, como diplomático y como político.

Él fué quien propuso el sistema decimal para las monedas americanas, mucho ántes que nosotros pensásemos en tal reforma: proyecto que realizó Jefferson algunos años mas tarde (1795). El dollar, como lo sabeis, se halla dividido en cien partes.

Como político, desempeñó un papel importante en la convencion federal, y decia con la vivacidad natural á un jóven, que veia todavía en esa asamblea resabios de opiniones coloniales, pero que esperaba que la nueva generacion se compondria de americanos puros. «No podemos matar al dragon viejo, pero es preciso arrancarle los dientes,» es decir, fundar la Union americana debilitando las soberanías locales. Sus ideas políticas eran en buenos términos aristocráticas; desconfiaba de la democracia, creia que dándose todo el poder á las masas, la propiedad misma se veria amenazada, y que la condicion de los industriales y de la clase inteligente no seria de las mas aventajadas. Querria un senado vitalicio, un ejecutivo vitalicio tambien, condiciones de censo en el electorado y en la representacion. Estas ideas lo acercaban mucho á Hamilton, quien le propuso escribir en *El Federalista*.

Morris perteneció á esa fraccion que ha sido tan mal juzgada y un tanto calumniada porque el poder pasó á manos de otro partido. Las democracias son desapiadadas para los que no las adoran; y Jefferson y sus amigos no han hecho toda la justicia debida á Hamilton y á Morris.

Cuando leemos los escritos de estos políticos, los vemos tan patriotas como Jefferson y tan republicanos como él, si bien de diversa manera. Ingleses establecidos en el nuevo mundo, estaban bien convencidos de que solo era posible la República, pero querian darle condiciones de estabilidad y de seguridad que aproximase la Constitucion ameri-

cana á la inglesa. Cosa en la cual yo creo que iban demasiado léjos, pues en ese país nuevo era necesario que la democracia tuviese mas ensanche, no siendo ménos justa por eso la idea de que era preciso afianzar la seguridad y la unidad, sin las cuales el dia mas inesperado la libertad se veria amenazada, y con ella la union misma. Morris obtuvo en la convencion un homenaje á su talento de escritor, se le encomendó la redaccion de la Constitucion. Sea dicho en justicia, que está redactada en muy buen estilo, y con una claridad francesa que contrasta con el lenguaje embrollado de las leyes inglesas. La Constitucion americana contiene únicamente lo preciso, y en estilo de legislador.

Tal era Morris como político; hablemos ahora de él como diplomático. En 1789, vino á Francia despues de un accidente deplorable. A consecuencia de una caida del carruaje, se habia roto una pierna, y un médico, muy aficionado á la cirujía, se la habia cortado sin necesidad. Vino, pues, á Francia con su pierna de palo, la que lo hacia pasar por héroe de la independenciam. Llegó en vísperas de la revolucion, habiéndole nombrado embajador Washington en 1792. La carta en que este le comunica su nombramiento es bien singular: nadie que yo sepa vió reir nunca á Washington; pero Morris, con su chiste y su familiaridad, habia influenciado de tal manera al general, que su carta es la mas chistosa de cuantas ha escrito.

Conservamos el diario de Morris, que será consultado el dia que quieran escribir una historia de la revolucion que no esté concebida bajo el punto de vista del progreso fatal que justifica el crimen por el crimen; el dia en que quieran escribir una historia imparcial extranjera, desapasionada, pero con la experiencia de las revoluciones, siguiendo con inquieta mirada los primeros pasos de la asamblea constituyente. Observaba Morris recién llegado á Paris el movimiento de los ánimos ántes de la reunion de las tres órdenes, y comenzó ya á dudar de la revolucion. Ve muy bien, dice, que los instigadores querian establecer en Francia una libertad á la americana; pero olvidando una cosa esencial, y es, que para ello era preciso tener un pueblo americano. Las observaciones abundan: «reducir el poder monárquico, dice, á desprenderse del veto suspensivo, es un absurdo: ¿quereis una sola Cámara? tendreis la tiranía.» Estas palabras causaban profunda sor-

presa: no habia costumbre de oír hablar con tanta vivacidad á un americano, á quien se consideraba como un apoyo futuro de La Fayette. Él mismo nos refiere que yendo á Versalles se quedó á comer en casa de Madama Tessé, tia de La Fayette, íntima amiga de este, á quien ha escrito sus mas interesantes cartas.

«En la comida, dice, me hallaba al lado de La Fayette, que me dijo que yo dañaba á su causa, que mis opiniones eran citadas continuamente contra el buen partido. Aproveché, pues, la ocasion para decirle que yo era enemigo de la democracia, por ser amigo de la libertad. «Veo que caminais derecho al abismo, y quisiera deteneros si me fuese posible hacerlo;» agregando que sus apreciaciones respecto á la nacion, no iban en manera alguna de acuerdo con el organismo de esta, y que la desgracia mayor que podia suceder, era que se les concediese lo que ellos pedian.

«La Fayette me respondió que conocia perfectamente que á su partido le faltaba juicio, y que se lo habia dicho; pero que no estaba por eso ménos decidido á morir por sus amigos.

«Le repliqué entónces: mejor será darles cordura y vivir con ellos.... «Si el tercer Estado es moderado, triunfará; si emplea la violencia, se perderá sin remedio.....»

Poseemos cartas de americanos de todos los partidos que han seguido á la revolucion francesa. Washington y Hamilton la han juzgado á distancia: Jefferson, el gefe del partido democrático, la juzgó en Paris: Morris, el aristócrata, la estudió de cerca. No hay uno solo que haya creído en el éxito de la revolucion, y en el mes de Octubre de 1789, en una época en la cual no podian ser conocidos los acontecimientos de Versalles, Washington escribia á Morris diciéndole: «De-searia equivocarme, pero si he comprendido bien á la nacion francesa, correrá mucha sangre, y nacerá un despotismo mas terrible que el que se envanecen de haber destruido.» Tal era el juicio de Washington.

¿En qué consiste esta seguridad de apreciacion? En que el pueblo americano tenia la experiencia de los gobiernos libres. Los americanos aman la libertad; pero saben á la vez que es necesario que exista una autoridad fuerte que mantenga el respeto á las leyes y la seguridad. El orden es el contrapeso necesario de la libertad; pues bien, lo que ate-

morizaba á los americanos, era no ver semejante fuerza en nuestra revolucion. Veian que la Francia sacudia sus ataduras seculares, lo cual era muy bueno: libertad para todos, autoridad para nadie; lo cual lleva el triste nombre de anarquía.

Ved, pues, lo que constituye para nosotros el mérito de la Constitucion americana. Hecha para un pueblo que no reconocia mas soberanía que la suya, ella ha sabido, sin embargo, consultando el interes de la libertad, dar al poder su parte suficiente, asegurar un lugar á la aristocracia natural del talento y del trabajo, y resolver el problema que la antigüedad vislumbró solo para desesperar de él.